



—Pensar que tengo que hacer todo esto para que a mis hijos no les falte un trozo de pan que llevarse a la boca el día de mañana!...

## DASHIELL HAMMET: UN PROBLEMA PRIVADO

El 9 de febrero de 1950, una gran desgracia, de alcance histórico, sucedió en los Estados Unidos. El senador Joseph Raymond McCarthy, llamado desde entonces Joe McCarthy, inició una persecución de comunistas desde una oscura comisión senatorial; la persecución se convirtió en una histeria colectiva, en una crisis de confianza de la nación en sí misma. Nadie quedó libre de sospechas; ni el Presidente de la nación, ni algunos de los más brillantes generales del Ejército —el General Marshall, autor del Plan Marshall, que fue pieza clave en el anticomunismo americano—, ni los diplomáticos —el embajador Bohlen—, ni los sabios que habían creado la bomba atómica —Oppenheimer— se vieron libres de las acusaciones de comunismo. El período fascista de McCarthy duró cuatro años; sus secuelas no han terminado aún. McCarthy acabó su poder precisamente cuando se enfrentó con el Ejército. El Senado tuvo entonces fuerza para actuar y destituyó a McCarthy mediante una vigorosa acción del senador Fullbright; McCarthy murió tres años después, y el poeta cubano Nicolás Guillén le dedicó un poema-epitafio: «He aquí al senador MacBomba, muerto en su cama de injurias, flanqueado por cuatro cerdos; he aquí al senador MacCerdo, muerto en su cama de bombas, flanqueado por cuatro lenguas...». Entre otras cosas, el senador McCarthy destruyó el cine en los Estados Unidos. Persiguió en Hollywood a actores, directores, guionistas, a los que consideraba culpables de una empresa de desmoralización nacional. Uno de los guionistas perseguidos fue Dashiell Hammet. En 1951 fue detenido por orden del senador.

### «No puedo hacer eso»

Dashiell Hammet figuraba como responsable de la Caja de Ayuda Mutua del Congreso de Derechos Cívicos. El organismo fue considerado con el Comité McCarthy como una organización paralela al «Socorro rojo» y convocó a Dashiell Hammet para que diera

los nombres de todas las personas que habían contribuido con su dinero al sostenimiento de la Caja. Dashiell Hammet no los sabía. En realidad, había prestado su nombre, que estaba en la cumbre de la popularidad, pero jamás había entrado en las oficinas de la Mutua. Hubiese bastado que lo explicara así para que quedase exento de responsabilidad. Pero no quiso hacerlo así. Prefirió negarse a declarar. El día antes de su comparecencia, su compañera —Lillian Hellman— le preguntó:

—¿Por qué no dices que no sabes esos nombres?  
—No. No puedo hacer eso.  
—¿Por qué?  
—No sé por qué.  
Más tarde, dio una explicación: —Me horroriza esta clase de conversación, pero creo que es mejor que te diga que si la amenaza fuese más grave aún que la prisión, si se tratara de mi vida, la daría por lo que creo que es la democracia, y no dejaré a los policías ni a los jueces que me expliquen lo que creo que es la democracia.

Al día siguiente ingresó en la cárcel. Condenado, fue trasladado a un penal federal en West Virginia. Cumplió su condena sin una sola queja. Era un enfermo, y la cárcel agravó su enfermedad. Cuando quedó libre, no aceptó por un solo momento contar que lo había pasado mal en la cárcel. Si se le decía que la comida era infecta, Dashiell Hammet respondía: «Sí, pero siempre se puede tomar un vaso de leche». Se le había obligado a limpiar lavabos y retretes: «Es un trabajo interesante —explicaba— y termina uno por preocuparse por él y por los distintos productos de limpieza». Un día se encontró en la calle a Howard Fast. Era otra víctima de McCarthy y estaba ya citado para cumplir una pena de prisión. Hammet le dio un solo consejo:

—Será más fácil para ti, Howard, si comienzas por quitarte tu corona de espinas.  
La cárcel era, simplemente, un sitio al que había que ir.  
Esta manera de considerar la estancia en la cárcel era en él la forma de considerar, continuamente, la estancia en la vida. Du-